

INTRODUCCIÓN: LAS SUBLEVACIONES POPULARES EN LOS PAÍSES DEL NORTE DE ÁFRICA Y CERCANO ORIENTE

MARTA TAWIL

EN LOS ÚLTIMOS TRES DECENIOS, el autoritarismo de repúblicas y monarquías en los países del Cercano Oriente, el Golfo Pérsico y el Norte de África dio pie al saqueo organizado y sistemático de los recursos nacionales, las elevadas cifras de desempleo, la masiva migración de las áreas rurales a las urbanas, el empleo informal, la atrofia del Estado, la longevidad de los presidentes, la exclusión y limitación del pluralismo político y de la oposición institucionalizada. Estas tendencias terminaron alejando a los regímenes no sólo de la sociedad en general, sino también de algunos sectores de su misma base social. Paralelamente, la debilidad creciente de los Estados fue permitiendo la autonomización de las sociedades, aunque también esa debilidad dejó a las poblaciones desprotegidas y en la miseria.

Por lo anterior –y también por la labor lamentable de algunos medios de comunicación y sus comentaristas que fungen como expertos improvisados–, los términos más comunes que se han asociado con el mundo de mayoría árabe y musulmana en los países occidentales y en nuestro continente latinoamericano han sido los de despotismo, radicalismo e inmovilismo. Ello sucede a pesar de que esa parte del mundo ya había conocido movilizaciones violentas y pacíficas¹ en los decenios de 1990 y 2000 (por no remontarnos a la ola de movilizaciones de los años cincuenta), así como importantes intentos de democratización en Líbano y en los territorios palestinos y un incremento en el vigor y la capacidad de organización de sociedades como la egipcia y la iraní, por mencionar casos emblemáticos. La capacidad de los gobiernos de reinventarse en cada crisis contribuyó sin duda a fortalecer esa imagen. Con todo, el acto de inmolación del joven Mohamed Bouazizi, el 17 de diciembre de 2010 en Sidi Bouzid, Túnez,

¹ Maria Stephan (ed.), *Civilian Jihad: Nonviolent Struggle, Democratization and Governance in the Middle East*, Nueva York, Palgrave, 2009.

desencadenó una serie de sublevaciones masivas contra el autoritarismo que se extendieron a Egipto, Argelia y a otros países árabes en cuestión de semanas y que empezaron a modificar esa imagen fatídica. Los analistas más osados hablan de “revoluciones” y hacen comparaciones con 1848, 1968 y 1989,² los más cautelosos prefieren la expresión “Primavera árabe”, y en el entusiasmo generado por la valentía de estas poblaciones otros hablan de un “despertar”.

Sin embargo, a un año del inicio de estos cambios los matices son obligados. No sólo estas manifestaciones masivas y sublevaciones contra los regímenes en el poder se inscriben en una continuidad,³ sino que el proceso de transición que ha iniciado carece de la imagen dócil asociada a la primavera o al radicalismo de una revolución. Si bien es cierto que en varios de estos países se ha constatado un proceso de conflicto y movilización masivo que involucra a amplios sectores de la población (muchos de ellos a favor del cambio estructural del sistema de poder, unos pocos en contra), y si bien ha habido cambios formales en el plano de la ley de partidos o el estado de urgencia, en general hasta ahora las protestas han producido un cambio social y político principalmente informal. Cuando han logrado derrocar a las cabezas de esos regímenes, el poder no ha pasado a los manifestantes; estos últimos en varios casos no cuentan con líderes ni con un programa político e ideológico preciso.

Ante este panorama de arduos cambios, el lector debe saber que los textos que componen el presente número de *Foro Internacional* entraron al proceso de edición hacia finales del año 2011, lo cual explica que los autores no hayan podido incluir en sus análisis los acontecimientos de los últimos meses. Sin embargo, una de las virtudes de estos trabajos es que todos distinguen lo estructural de lo coyuntural, lo cual es importante tanto para quien conoce bien la región de Medio Oriente como para aquel a quien le resulta poco familiar. A todos los autores nos ha motivado la necesidad de ofrecer elementos estructurales y categorías analíticas que ayuden a desmenuzar la complejidad de los procesos en marcha, pues, como bien anota Lisa Anderson, lo importante de las revueltas árabes de 2011 “no es entender cómo la globalización de las normas de participación civil contribuyó a moldear las aspiraciones de los activistas. Lo importante tampoco reside en la manera en la que éstos utilizaron la tecnología para compartir ideas y tácticas. Más bien, la cuestión es saber cómo y por qué esas ambi-

² Marc Ferro, “1789-2011: déferlantes révolutionnaires”, *L'Histoire*, núm. 365, junio de 2011, pp. 8-13.

³ Narrimane Benakcha, “Les révoltes arabes: convergences et hétérogénéités”, *Moyen-Orient*, núm. 10, abril-junio de 2011, pp. 54-59; Robert Malley y Hussein Agha, “The Arab Counterrevolution”, *The New York Review of Books*, 29 de septiembre de 2011.

ciones y técnicas resonaron en los distintos contextos locales”.⁴ Esta pertinente observación conduce a examinar tendencias y actores generales, y también a explorar con detalle las particularidades y diferencias históricas, demográficas, económicas y políticas de cada caso. Los colaboradores de este número especial, todos especialistas de gran prestigio, analizan así desde sus distintas disciplinas los procesos de cambio en marcha en esta parte del mundo.

Mediante las herramientas de la geografía política, Fabrice Balanche destaca la importancia fundamental que tiene el espacio como marco de la acción del Estado y de su relación con la sociedad. Expone los procesos de metropolización que han afectado negativamente a las pequeñas ciudades periféricas en particular en Siria, Líbano, Jordania y Yemen (países que, a diferencia de las petromonarquías del Golfo, no cuentan con renta energética importante). Balanche señala los efectos nefastos que la liberalización económica descontrolada y el mal uso de los recursos han tenido para amplios sectores sociales en estos países. Explica, con claridad y mediante la ilustración de gráficos y mapas, los problemas del sector estatal y del sector privado formal para absorber a la mano de obra joven educada, también señala uno de los problemas más graves y menos conocidos asociados a los procesos de urbanización en esos países: la importación del modelo urbano del Golfo, que ha contribuido a agudizar la brecha entre una clase árabe alta privilegiada y una mayoría desprotegida y empobrecida.

El artículo de Vincent Geisser y Michaël Béchir Ayari analiza el caso de Túnez, país desde donde irradió el impulso revolucionario a todo el Medio Oriente. El texto ofrece elementos necesarios para entender las tensiones en torno a la formación del primer gobierno de transición en ese país. Los autores hacen un repaso general de la bibliografía que se ha producido para explicar la longevidad y el carácter híbrido de los sistemas políticos árabes y su capacidad de adaptación. Posteriormente efectúan una observación fina por etapas de este momento revolucionario para desmenuzar toda su complejidad. Revisan la emergencia de protestas populares del interior de Túnez en los últimos años y el parteaguas que constituyó la movilización de la zona minera de Ghafsa en enero de 2008. Geisser y Ayari también desmitifican el papel del ejército tunecino y destacan el lugar de la central sindical en este país del norte de África, que fue crucial en el cauce y la extensión geográfica del movimiento. Esto les sirve para matizar las interpretaciones que describen a la revuelta tunecina como una movilización totalmente espontánea.

⁴ Lisa Anderson, “Demystifying the Arab Spring: Parsing the Differences Between Tunisia, Egypt and Libya”, *Foreign Affairs*, mayo-junio de 2011, p. 2.

El caso de Egipto es analizado por Yasmine Farouk, quien explica que fue la supuestamente “acabada” clase media egipcia la que lideró al movimiento a favor de la justicia social, a la que se unieron más tarde trabajadores, empleados y clases sociales bajas para dar al movimiento el impulso que necesitaba en el derrocamiento de Hosni Mubarak. Otro aspecto que la autora resalta es la ausencia de una conducción islamista del movimiento, cuando habla de la manera en la que las protestas expusieron las divisiones dentro de la Hermandad Musulmana en Egipto. Los grupos y partidos de oposición se volvieron más conscientes de sus diferencias, lo que para la autora explica la explosión en el número de partidos y coaliciones jóvenes y, también, la ausencia de una alternativa política al régimen militar durante la fase de transición. Un tema transversal y fundamental que toca Yasmine Farouk es el de las profundas discrepancias que existen entre, por un lado, las percepciones que los actores locales –verdaderos agentes del cambio– tienen de las causas y consecuencias de este sacudimiento y, por el otro, las percepciones de los actores externos. Las discrepancias no son nuevas; basta recordar que durante decenios los países occidentales veían en la realidad de las poblaciones árabes un ejemplo de estabilidad política, mientras que las poblaciones locales la interpretaban y la padecían como un estancamiento político cada vez más insostenible. Otros autores del número hablan de eso, como Geisser y Ayari cuando señalan que durante muchos años Túnez fue un modelo de gobernanza económica y política para los países de Occidente. Esos errores pasados conminan a gobiernos y analistas externos a escuchar realmente lo que la gente en esta parte del mundo ahora está tratando de decir, y a conocer las alternativas que ellos mismos vislumbran para retomar las riendas de sus naciones.

Yahia H. Zoubir examina los elementos que llevaron a la caída del régimen de Muamar Gadafi en Libia. Repasa las decisiones de política interna y exterior del dictador que fueron erosionando la base de su poder y analiza las respuestas retóricas y militares del régimen ante las protestas. Además, Zoubir ofrece elementos para reflexionar sobre las implicaciones locales y regionales, presentes y futuras, que ha tenido la intervención de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), sobre la guerra civil o la legitimidad nacionalista del Consejo Nacional de Transición (CNT), por mencionar algunos temas. El autor reflexiona sobre la dimensión regional de esta guerra civil; destaca problemas como el de los refugiados, o el tráfico de armas y drogas. En política exterior y el papel que tendrá la nueva Libia, desde una óptica realista Zoubir reconoce que la seguridad, el control de la inmigración y la oferta petrolera seguirán siendo temas dominantes en la agenda de los países occidentales en sus relaciones con Trípoli. En

política interior, apunta a varios retos del CNT, como desmilitarizar a miles de libios y reconciliar a las zonas oriental y occidental del país. El análisis muestra que la complejidad del reto que enfrenta la población en Libia reside, irónicamente y en última instancia, en su “simplicidad”: construir al Estado desde sus cimientos. El nuevo Estado deberá tomar en cuenta la importancia fundamental que conserva el patrón tribal en la organización de la sociedad y que ha sido el eje de la lucha por el poder que define a esta revolución.

No podía quedar de lado en este número el factor religioso, no sólo como variable dependiente sino también como factor explicativo de los procesos de cambio en marcha, sobre todo si se recuerda que muchos regímenes árabes del Norte de África y del Cercano Oriente se mantuvieron todo este tiempo en el poder en buena medida en nombre de la lucha contra el islamismo. El estudio comparado que hace Djallil Lounnas del islamismo en los países del Norte de África, principalmente en Marruecos, Túnez, Argelia y Libia, le sirve para reflexionar sobre si estas revueltas constituyen una oportunidad o, por el contrario, una amenaza, para los defensores del islam político. Luego de explicar las diferencias que existen en la manera de practicar el islam en el Magreb y el Mashreq, Lounnas señala distinciones esenciales entre islamistas, fundamentalistas, integristas y dentro de los islamistas del Magreb entre los predicadores, los legalistas y los *jihadistas*. También identifica las profundas divergencias y corrientes en el seno de cada uno de esos grupos. El estudio de Lounnas permite, además, comparar los procesos de oposición, resistencia y cooptación entre los que ha oscilado el islamismo en estos países, y especular sobre su posible participación en los gobiernos de transición. Por ejemplo, en Túnez la rivalidad parece ocurrir entre los islamistas (cuyo horizonte es la experiencia del partido AKP en el poder en Turquía) y las llamadas fuerzas seculares a favor de la democracia, mientras que en Libia, Yemen, Egipto y Siria parece más probable que la competencia realmente significativa pueda concretarse entre la corriente principal de los islamistas y los salafistas.

Ahmed Aghrout se pregunta por qué Argelia se muestra más bien inmune a los levantamientos populares masivos que han estallado en los países vecinos. Si bien el aumento de los precios de la canasta básica, el deterioro de servicios, el desempleo juvenil y la falta de libertades políticas bajo el régimen encabezado por Abdelaziz Buteflika se combinaron explosivamente para generar protestas en un suburbio al oeste de Argel el 5 de enero de 2011, las cuales se extendieron a otras partes de la capital y del territorio nacional, la posibilidad de que logren terminar con décadas de estancamiento político parecen mínimas. Experiencias traumáticas como la guerra civil de los años noventa o la falta de coordinación y

unidad entre, por un lado, las demandas de justicia económica y social y, por el otro, las exigencias de liberalización política, explicarían la evidente dificultad de la oposición de convertirse en un gran movimiento de reforma unificado. Estos y otros factores que el autor evalúa facilitan al régimen de Argel recurrir al uso de la fuerza y a la renta petrolera para seguir comprando la paz social.

Abdeslam Maghraoui examina lo que sucede en Marruecos. Descifra la paradoja del “buen gobierno” como una estrategia de la monarquía para combatir la corrupción, que ha sido uno de los graves lastres que han padecido los marroquíes durante varios decenios. La naturaleza tecnocrática de los gobiernos que han conducido a Marruecos durante por lo menos los últimos veinte años se ha manifestado en la tendencia de la monarquía por interpretar los problemas económicos y sociales como problemas de mala administración, no de rendición de cuentas, de pesos y contrapesos o de distribución de poderes. Esto es, en décadas recientes, explica el autor, la monarquía logró encontrar una nueva y potente racionalidad que le permite expandir sus prerrogativas: las necesidades actuales de un gobierno eficiente que enfrente los retos de desarrollo económico y social. Debido a que una verdadera reorganización de las estructuras de poder implicaría riesgos, incertidumbres e ineficiencias, la “buena gobernanza” busca el cambio político. Y es ahí donde, para el autor, radica la principal paradoja: debido a que no existe un sistema de pesos y contrapesos, los poderes extensivos del Rey limitan los posibles beneficios de las medidas que él mismo solicita implementar.

Marta Tawil analiza las protestas en Siria principalmente desde la perspectiva de las relaciones internacionales y la política exterior de este país. Examina la manera en que actores, tendencias y agendas exteriores, en su interacción dialéctica y estratégica con las políticas internas del régimen de Bashar al-Asad, contribuyeron a la erosión progresiva de las fuentes principales de legitimidad del régimen instalado por su padre en los años setenta —los arreglos institucionales, el modelo económico y la política exterior. Si la agravación de sectarismos, los cambios en el modelo económico y en los patrones de consumo, la extensión y profundización de la desigualdad social son procesos que se explican principalmente por el autoritarismo, el predominio de los servicios de inteligencia en la vida social, económica y política de Siria, y el agravamiento de la corrupción por las políticas de liberalización económica descontrolada impulsada por el régimen de Damasco, también pueden verse como el resultado de influencias externas y del sistema de relaciones exteriores que el régimen encabezado por Bashar al-Asad forjó. Desde esta óptica, países como Turquía, Irán, Arabia Saudita, Francia, Israel y Estados Unidos condicionan la respuesta represiva del ré-

gimen sirio ante las protestas, así como la organización y el desarrollo del movimiento opositor. Esos factores externos, regionales e internacionales, seguramente condicionarán el desenlace de la era Asad.

Sean Foley se ocupa de las monarquías árabes de la región del Golfo (Bahréin, Kuwait, Omán, Qatar, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos), que pocos imaginaron que se verían contagiadas del impulso revolucionario de los países del Norte de África y del Cercano Oriente. Foley examina los recursos nacionales e internacionales que sus líderes han empleado y destaca uno como el determinante: su legitimidad histórica como gobernantes, que se remonta a antes de la Primera Guerra Mundial. Para Foley esa legitimidad explica, en última instancia, por qué ninguno de esos monarcas ha sido derrocado. Su estudio sirve de base para entender por qué, por ejemplo, el Consejo de Cooperación del Golfo (ccg), dominado por Arabia Saudita, ha tratado de defender el *statu quo* en Jordania y Marruecos, invitándoles a formar parte de ese organismo subregional. Dado que ninguno de estos dos países es un productor de petróleo importante y que ninguno se encuentra en algún lugar cercano al Golfo, la membrecía del ccg para Jordania y Marruecos sólo tiene sentido en términos de reunir a todos los monarcas árabes bajo un mismo paraguas para su protección colectiva. Hemos visto este esquema de aseguración monárquica en marzo de 2011, cuando las tropas de Arabia Saudita entraron en Bahréin bajo los auspicios del brazo militar del ccg para salvar al rey de los manifestantes. Sin duda el texto de Foley es también una alerta del riesgo que corren los procesos de transición frente a fuerzas contrarreformistas locales e internacionales, así como la probabilidad, no menor, de que los siguientes regímenes políticos busquen gobernar nuevamente secuestrando a la sociedad en contraparte de una nueva práctica de redistribución de recursos.

Por motivos ajenos a la coordinación de este número especial, quedaron fuera del mismo estudios particulares de países como Jordania o Yemen, que también están experimentando manifestaciones muy importantes. La sublevación en Yemen de hecho ha sido una de las más impresionantes de las que vive el mundo árabe. En marzo parecía incluso que el régimen del presidente Ali Abdallah Saleh estaba a punto de caer, pero pronto la movilización entró en un *impasse*. La crisis prolongada que ha vivido este paupérrimo país árabe del Golfo es prueba de que a veces la debilidad de las instituciones puede significar el éxito de las lógicas de supervivencia de los regímenes autoritarios. En Jordania, las desigualdades sociales, la corrupción y la gran capacidad de movilización de la nueva generación son elementos que han creado terreno fértil para las protestas callejeras contra las políticas del régimen. Al mismo tiempo, la tensión identitaria que

atraviesa a la sociedad jordana tiende a generar distintos tipos de alianzas políticas, lo cual podría explicar que el momento revolucionario en ese país no parezca prosperar.

Todos los artículos de este número muestran de una u otra forma la innegable brecha generacional en estas manifestaciones masivas de descontento. Esa brecha se traduce en un cambio cualitativo en la manera de ser de los jóvenes movilizados, en su socialización y sus expectativas. En su afán por recuperar las riendas de su futuro, los jóvenes en especial no parecen actuar como víctimas, sino, más bien, como agentes de la emancipación de la nación, inscritos en una ruptura total y abierta con las dos generaciones precedentes. Numerosos son quienes no están afiliados a algún partido o grupo y que asumen su falta de madurez política aclarando que su objetivo primordial es derrocar al régimen y erigirse como los guardianes de la transición. En todos los casos, como los autores de este número muestran, la fase de transición es, pues, también un proceso de aprendizaje para todos, gobernantes, gobernados y potencias extranjeras. Y en dicho proceso, esos héroes anónimos egipcios, yemenitas, sirios, bahreiníes, libios, tunecinos, oscilan continuamente entre la incredulidad, el desconcierto y la esperanza.

A este número también lo animó la tarea impostergable de superar las interpretaciones que varios comentaristas y analistas en México y Latinoamérica, imbuidos de fórmulas orientalistas y culturalistas de gran simplismo, plantean, según las cuales la democracia sería antitética al islam o a la naturaleza del tejido social de los árabes; se trata de análisis que insisten en ver al islam como categoría descriptiva y no como un proceso. En ese sentido, esperamos que estas contribuciones ayuden a ampliar nuestro panorama de comprensión de las sociedades de Medio Oriente al superar ese tipo de explicaciones monocausales, pero también las interpretaciones que repiten *slogans* antiimperialistas, para las cuales la causa que explicaría la falta de democracia en estos países y la longevidad de sus regímenes autoritarios son las ocupaciones extranjeras. En este sentido, es cierto que aunque las reivindicaciones de los grupos sociales movilizados son esencialmente internas, hay también la exigencia de formular políticas exteriores más autónomas. Basta recordar que a pesar de las políticas de Egipto y Jordania de acercarse, e incluso someterse, a las exigencias de Israel, los actores no gubernamentales en estos dos países impidieron de manera efectiva toda normalización con ese país. La ola de protestas en el mundo árabe ha puesto al conflicto árabe israelí en segundo plano solamente de manera temporal; es justo decir que hasta que no se resuelva, la región no conocerá la estabilidad y tendrá poca paz, arrastrando en la incertidumbre generada por el conflicto regional con Israel a los procesos de transición

democrática en marcha. Sin embargo, afirmaciones como la del presidente sirio Bashar al-Asad ante la Liga Árabe, según la cual “Palestina es la real cuestión” –en un patético intento de alejar a la atención de la opinión pública internacional de los crímenes que su régimen comete contra los manifestantes–, deben ser un recordatorio de cómo los dictadores árabes han insistido ante sus poblaciones durante más de medio siglo en que la reforma democrática es imposible debido a las amenazas del conflicto con Israel y al imperialismo de los países occidentales. Es también un recordatorio de que los Asad, los Mubarak y otras familias gobernantes en esta parte del mundo no fueron una creación del imperialismo, si bien hábilmente supieron usar sus relaciones ambiguas con este último para perpetuarse en el poder. Relacionado con esto, y desde la óptica de las relaciones internacionales del Medio Oriente, está el potencial que las protestas actuales tienen de contribuir a formar una concepción alternativa de la seguridad regional. Ésta deberá basarse ya no exclusiva ni principalmente en la preeminencia de prácticas estatistas, sino en una que tome más en cuenta a la sociedad; una conceptualización de la seguridad impulsada por actores no gubernamentales que pongan límites a las acciones de sus gobiernos en las relaciones internacionales.⁵

El principal reto interno de estas sociedades es fundar un nuevo pacto político para reconciliar a la sociedad con la élite dirigente, pero, también, para reconciliar a los distintos sectores sociales entre ellos mismos;⁶ se ha de consolidar Estados que garanticen libertades públicas y sociales para todos, de tal forma que los trabajadores tengan derechos y los Estados tengan que rendir cuentas. No es tarea fácil, entre otras razones porque el resto del mundo, incluidos los países europeos –los cuales, además, durante años apoyaron a los regímenes árabes autoritarios–, parece alejarse de esa dirección. Ya se ha visto recientemente cómo la crisis económica así como tentaciones autoritarias han desencadenado movilizaciones de “indignados” en la zona del Mediterráneo de manera más general (Grecia, Italia, España), en Estados Unidos y en América Latina (Chile).

El deseo de romper con las cadenas de la opresión y humillación cotidianas no es, pues, exclusivo de las sociedades de Medio Oriente. Sin embargo, es innegable que la determinación y perseverancia de las poblaciones de esa región son ejemplo de que es posible reinventar las nociones de nación, progresismo, fe y seguridad desde las bases, y que la sociedad puede exigir

⁵ Pinar Biglin, *Regional Security in the Middle East: A Critical Perspective*, Londres, Routledge, 2004.

⁶ Bernard Rougier, “Une nouvelle géographie arabe”, *L'Histoire* (Les collections: D’où viennent les révolutions arabes), pp. 88-91.

un nuevo estilo político dotado de más participación. La lucha de estas poblaciones y sus mártires encarna la exigencia de reformas sociales y ofrece al mundo una gran lección de dignidad, aunque, en el nuevo ciclo que las sociedades de Medio Oriente han abierto, los nuevos términos sobre los que se intentan plantear en adelante cuestiones como el ejercicio del poder y el liderazgo no están exentos de ambigüedad y múltiples peligros.